

Testigos de la fe en el mundo

Día de la Acción Católica y del Apostolado Secular 2013

Vigilia de Pentecostés





VIGILIA DE PENTECOSTÉS

Monición inicial

Hoy, como la primera comunidad, nos reunimos para celebrar la Pascua del Espíritu en un nuevo Pentecostés. Recordamos las palabras de Jesús a sus discípulos: «El Padre dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan» (*Lc* 11, 13). También hoy, en el aquí y ahora, Dios está dispuesto a derramar al Espíritu Santo en nuestros corazones.

En el contexto del Año de la fe, el lema escogido para este día de la Acción Católica y el Apostolado Seglar es: TESTIGOS DE LA FE EN EL MUNDO, «Creí, por eso hablé» (*2 Cor* 4, 13), siendo toda una invitación a preguntarnos acerca de nuestro ser creyentes, de lo que la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, supone realmente en nuestras vidas. Solo desde una honda y constante inserción en Dios podremos ser testigos creíbles para nuestro mundo. Solo siendo auténticos discípulos del Señor podremos ser verdaderos apóstoles.

Unámonos en la oración para pedir que el Espíritu Santo venga sobre nosotros y, de tal modo nos transforme, que se haga realidad

el deseo que Benedicto XVI expresaba al convocar este Año de la fe: «esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble» (*Porta fidei*, n. 9).

Conscientes de lo poco que somos y podemos, comenzamos invocando al Espíritu Santo; Él es el artífice de toda transformación interior.

Canto

Ven, Espíritu de Dios, sobre mí,
me abro a tu presencia
cambiarás mi corazón (2).

Toca mi debilidad,
toma todo lo que soy.
Pongo mi vida en tus manos
y mi fe.

Ven, Espíritu de Dios, sobre mí,
me abro a tu presencia
cambiarás mi corazón (2).

Poco a poco llegarás
a llenarme de tu luz.
Tú cambiarás mi pasado,
cantaré.

Ven, Espíritu de Dios, sobre mí.
me abro a tu presencia
cambiarás mi corazón (2).

Escuchamos su palabra

Primera lectura: Génesis 11, 1-9 (es la primera que propone el Leccionario de este ciclo C para la Misa vespertina de la vigilia de Pentecostés).

Comentario

El autor sagrado da un profundo sentido religioso a este relato. La torre es tomada como símbolo de idolatría y rebelión a Dios: un proyecto de construirse, a sí mismos y al mundo, al margen de Dios; un ejercicio de orgullo y prepotencia. La narración nos muestra cómo una sociedad que rechaza a Dios está destinada a la ruina, es decir, a la confusión, a la división y a las guerras. Dios no es enemigo del verdadero progreso del hombre, sino su más firme aliado. Se equivoca el hombre que ve en Dios a un rival.

Segunda lectura: Hechos de los apóstoles 2, 1-11 (es la primera lectura de la Misa del día de Pentecostés).

Comentario

Ya los Padres de los primeros siglos veían en el relato de Pentecostés la antítesis del drama de Babel. A la confusión de lenguas y a la división del género humano que esta simboliza responde la reunificación de la humanidad en la inteligencia del testimonio apostólico y, mediante el mismo, en la del mensaje divino. En Babel un solo lenguaje, símbolo de una unidad vivida inicialmente, queda roto por la orgullosa pretensión de los hombres. En la fiesta de Pentecostés, la multitud de lenguas, símbolo de la barrera levantada entre los pueblos, queda unificada en la comprensión común de la palabra apostólica. El fuego de este único Espíritu que se apodera de cada uno tomado en su singularidad abraza ahora a la muchedumbre para estrecharla en unidad. Tal es la obra del Espíritu; no en vano, la Iglesia le reconoce e invoca como artífice de la comunión.

Oración

Ven, Espíritu Santo. Sin Ti nuestra lucha por la vida termina sembrando muerte, nuestros esfuerzos por encontrar felicidad acaban en egoísmo amargo e insatisfecho.

Ven, Espíritu Santo. Sin Ti nuestro «progreso» no nos conduce hacia una vida más digna, noble y gozosa. Sin Ti no habrá nunca un «pueblo unido», sino un pueblo constantemente vencido por divisiones, rupturas y enfrentamientos.

Ven, Espíritu Santo. Enséñanos a entendernos aunque hablemos lenguajes diferentes. Si tu Ley interior de Amor no nos habita, seguiremos la escalada de la violencia absurda y sin salida.

Ven, Espíritu Santo, y enséñanos a creer. Sin tu aliento, nuestra fe se convierte en ideología, nuestra religión en triste «seguro de vida eterna». Recuérdanos todo lo que nos ha dicho Jesús. Condúcenos al evangelio.

Ven, Espíritu Santo, y enséñanos a orar. Sin tu calor y tu fuerza, nuestra liturgia se pierde en rutina, nuestro culto en rito legalista, nuestra plegaria en palabrería. Ven a mantener dentro de la Iglesia el esfuerzo de conversión. Sin tu impulso, toda renovación termina en anarquía, involución, cansancio o desilusión.

Ven, Espíritu Santo, y enséñanos a alegrar nuestro mundo tan sombrío. Ayúdanos a imaginarlo mejor y más humano. Ábrenos a un futuro más fraterno, limpio y solidario. Llévanos a pensar lo todavía no pensado y construir lo todavía no trabajado.

Ven, Espíritu Santo, entra hasta el fondo de nuestras almas. Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro. Mira el poder del pecado cuando Tú no envías tu aliento. Ven, Señor y dador de vida. Pon en los hombres gozo, fuerza y consuelo, en sus grandes y pequeñas decisiones, en sus miedos, luchas, esperanzas y temores.

Ven, Espíritu Santo, y enséñanos a creer en Ti como ternura y proximidad personal de Dios a los hombres, como fuerza y poder de gracia que puede conquistar nuestro interior y dar vida a nuestra vida.

Amén.

Proclamación del evangelio

Monición previa

«No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta». Con estas palabras, en clara referencia a las de Cristo, según el capítulo 5 del evangelio de Mateo, nos exhorta Benedicto XVI (*Porta fidei*, n. 3) a revisar cómo nos encontramos quienes estamos llamados a ser sal y luz para el mundo. Es una clara invitación a mirar el nivel de autenticidad de los testigos antes de pretender aportar nuestro testimonio a la sociedad en la que vivimos. Desde esta clave vamos a escuchar al Señor, que nuevamente nos dirige su Palabra de vida.

Del evangelio según san Mateo (5, 13-16)

«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos».

Palabra del Señor.

(Es el momento de la homilía, en el caso de que haya un presbítero o diácono presidiendo la celebración, o de una reflexión compartida).

Gesto

(Previamente, en un lugar visible junto al cirio pascual, se habrá preparado un pequeño montón de sal y tantas candelas como participantes en la vigilia).

Monición

Vamos a recibir un poco de sal en nuestras manos junto con una llama encendida en el cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado. Queremos significar así que acogemos el Evangelio y, además, nos sentimos enviados a ser testigos, sal y luz, en el mundo. Pedimos al Espíritu Santo que nos haga buenos discípulos para poder ser, así, decididos apóstoles.

(Mientras los participantes se acercan a recibir la sal y la luz puede cantarse “Sois la sal”, “Id y enseñad” o “Nos envías por el mundo a anunciar la Buena Nueva”).

Secuencia de Pentecostés

Antífona cantada: Envía, Señor, tu Espíritu, que renueve nuestros corazones.

Ven, Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

Antífona cantada: Envía, Señor, tu Espíritu, que renueve nuestros corazones.

Invocación final al Espíritu Santo

S. Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Envía tu Espíritu y todo será creado.

T. Y renovarás la faz de la tierra.

S. Oremos:

Oh, Padre, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo; haznos dóciles a sus inspiraciones para que, transformados interiormente por su presencia, seamos testigos de la fe en el mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Canto final

El Señor os dará su Espíritu Santo;
ya no temáis, abrid el corazón,
derramará todo su amor.

Él transformará hoy vuestra vida,
os dará la fuerza para amar.
No perdáis vuestra esperanza,
Él os salvará.

Él transformará todas las penas,
como a hijos os acogerá,
abrid vuestros corazones a la libertad.

Fortalecerá todo cansancio
si al orar dejáis que os dé su paz.
Brotará vuestra alabanza,
Él os hablará.

Os inundará de un nuevo gozo
con el don de la fraternidad.
Abrid vuestros corazones a la libertad.

- **Participación de niños y jóvenes en la vigilia**

Proponemos que la vigilia sea vivida conjuntamente por niños, jóvenes y adultos. Para ello sería bueno que los niños y los jóvenes puedan preparar y cuidar la ambientación de dicha vigilia. Junto al cirio pascual se puede simbolizar los siete dones del Espíritu Santo; piedad, sabiduría, ciencia, entendimiento, temor de Dios, consejo, y fortaleza.

Aquí tenéis un enlace con la secuencia del Espíritu Santo que se puede proyectar:

www.youtube.com/watch?v=xViulAMPPX4

